

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Sala de Redacción

Pablo Espinosa

PRÓLOGO DE ELENA PONIATOWSKA





Foto de Francisco Segura

Pablo Espinosa ejerce el periodismo cultural desde 1978. Es autor de cinco libros; por el primero de ellos, *Si me han de matar mañana, lo redacto de una vez*, le fue otorgado el Premio Bellas Artes de Literatura en 1986.

En 1994 publicó *No por mucho madrugar se redacta más temprano*, que formó parte de los títulos iniciales editados en la colección Periodismo Cultural, del entonces Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA).

En ocasión del vigésimo aniversario de la Sala Nezahualcóyotl escribió *Una vida de conciertos*, que le publicó la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), su alma máter.

La Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) sacó a la luz sus obras *El canto del aeda. Testimonio de Carlos Montemayor* (2015) y *La música, ese misterio* (2016).

Por sus reportajes en torno a Berlín, el presidente de Alemania le entregó el Premio de la Fundación Friedrich Ebert, en 2003.

En 2007 fue nombrado Veracruzano Distinguido por el gobierno de aquella su entidad natal.

Es miembro fundador del periódico *La Jornada*, donde desde 1984 se ha desempeñado como reportero y, actualmente, como jefe del área cultural. Asimismo es colaborador encargado de la sección de música de la *Revista de la Universidad de México*.

Sala de Redacción

TEORÍA Y PENSAMIENTO



Sala de Redacción

Pablo Espinosa

Prólogo de
Elena Poniatowska

SALA DE REDACCIÓN
D.R. © Pablo Espinosa
Colección: Periodismo Cultural
Primera edición: 2016

Diseño de la colección:
Gráfica, Creatividad y Diseño, S.A de C.V.
Fotografías de portada: Pablo Espinosa / Fotocomposición: Tomás Benítez C.
Fotografía del autor: Francisco Segura

Prólogo: Elena Poniatowska
Edición: Secretaría de Cultura

D.R. © Dirección General de Comunicación Social
Av. Paseo de la Reforma 175
Cuauhtémoc, C.P. 06500
Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175
Cuauhtémoc, C.P. 06500
Ciudad de México

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura / Dirección General de Comunicación Social y la Dirección General de Publicaciones.

ISBN

Impreso y hecho en México

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Índice

Nota del editor	9
¿Un melómano de hueso colorado o un crítico de música que abarca todas las artes?	15
Umbral	19
Detén, escucha	22
Mediodía con Kapuściński	29
<i>En el corazón de la luna</i>	35
Una semana con Arvo Pärt	37
David Jones pone en escena sus sueños	49
Con Saramago, en Estocolmo	53
La magia de los Stradivarius	58
María Callas. La Diva	68
La magia y el misterio de la música de Bach.	71
Lisa Gerrard	79
Monsieur Marceau	82
James Brown en concierto	85
El hermoso disco de amor de las hermanas Shankar.	89
El Premio Nobel de Literatura a Bob Dylan.	93
El Cantar de los Cantares, en música	102
Apuntes para una historia natural del piano.	105
Un aroma insondable de mujer	113
En el oído de Odiseo	116
El bosque encantado	120
La música en la era del <i>gadget</i>	123
Vivaldi es una fiesta	131

Lisboa, Madredeus	134
Estados del alma	141
El Pink Floyd de Roger Waters	144
En los 80 años de la semidiosa	151
Wagner en Manaos	154
Los cronopios se aman con <i>scat</i>	164
Vicisitudes de un cibernauta melómano	167
Caetano	175
El hombre de la casaca roja	178
Música y magia	187
Bebel, la sonrisa canora	196
El esplendor de la música y el cine	199
Schubert y la idea de la belleza	205
Una noche de solfas, una noche loca	208
La música clásica de Veracruz	218
La poesía de Patti Smith	221
El hombre que miraba rodar las ruedas	232
Afrocubismo	238
Monjes budistas flotan en escena	241
El discreto encanto del suspiro	243
El día del eclipse	245
Terry Riley	247
Zeus se disfrazó en un traje de bolitas	251
El iPod en modo aleatorio: esa caja de sorpresas . . .	254
La alondra en vuelo	260
Retrato del artista cuando ausente	263
El espíritu de la música	274
Poesía en <i>butoh</i>	277
Gabo, melómano	281
La Santísima Santanera	284
Fatuo fauno fino y fiero	287
La antesala de la música	290
El albañil con posgrado en filosofía	298
Manual de la violinista descalza	307
Un encuentro con Nancarrow	313
Las criaturas que habitan Bellas Artes	323

Nota del editor

En relación con los datos aportados en este volumen es importante considerar que, debido a criterios de quienes escriben sobre éstos, ya sea en programas de mano o en otros textos, no hay unicidad respecto de los nombres de obras y compositores.

Para Edith Irene

*Homero decía que las Sirenas llenaban
el alma
de Ulises con un deseo de escuchar en
estado puro.
Apolonio dice, con más radicalidad
todavía, que las Sirenas llenan el alma
más arcaica de Boutès con un deseo de
aproximarse en estado puro.
Hechizan al joven Argonauta con una
atracción que lo proyecta hacia ellas.
Was ist Musik? Tanz.
¿Qué es la música? El baile.
¿Y qué es el baile?
El deseo de levantarse de modo
irreprimible.*

Pascal Quignard, *Boutès*

¿Un melómano de hueso colorado o un crítico de música que abarca todas las artes?

Si usted no sabe que son más de 600 obras las que escribió Mozart a lo largo de 32 años, pregúntele a Pablo Espinosa.

Si ignora por qué Nietzsche concluye en su “Aurora” que el oído es el órgano del miedo, consulte a Pablo Espinosa.

Si quiere conocer más a Bebel Gilberto, Caetano Veloso y la música de Brasil, baile samba con Pablo Espinosa.

Si le interesa saber quiénes compusieron la música de *2001: A Space Odyssey*, *El señor de los anillos* o *Naranja mecánica*, sintonice a Pablo Espinosa.

Si le intriga la melancolía del “Molto moderato e cantabile” de Schubert o el efecto hipnótico de *La consagración de la primavera* de Stravinski, refúgiase en Pablo Espinosa.

Si quiere aprender más de la música clásica de Veracruz, toque a la puerta del veracruzano Pablo Espinosa.

Si no sabe que Patti Smith representa la “mirada feminista e intelectual” del punk, asesórese con Pablo Espinosa.

Si sospecha que el asesinato de John Lennon fue un crimen de Estado, tiene que leer a Pablo Espinosa.

Si lo suyo es la música afrocubana de Toumani Diabaté, no le queda otra que leer a Pablo Espinosa.

Si prefiere los monjes budistas que apenas rozan el escenario o el arte *butoh* de Ushio Amagatsu, consulte a Pablo Espinosa.

Si no sabe por qué Terry Riley es un referente cultural, recurra a Pablo Espinosa.

Si todavía duda que Buddy Guy es el mejor *bluesman* del mundo, apueste con Pablo Espinosa.

Si desconoce que The Velvet Underground cambió definitivamente el rumbo del rock, converse con Pablo Espinosa.

Si usted no entiende qué papel juega Keith Jarrett en la historia de la "jazzología", aclárelo con Pablo Espinosa.

Si ignora que *Memoria de mis putas tristes* es el libro de García Márquez con más alusiones a la música clásica, platíquelo con Pablo Espinosa.

Si gusta bailar "La Boa" al ritmo de la Sonora Santanera, invite a Pablo Espinosa.

Si no sabe quién es Sixto Díaz Rodríguez, alias Rodríguez, dialogue con Pablo Espinosa.

Si nunca tocó el cielo con las manos gracias al violín de Patricia Kopatchinskaja, elévese con Pablo Espinosa.

Si no tiene idea de que Conlon Nancarrow (combatiente en la Brigada Lincoln en la guerra de España y músico de la talla de John Cage) es el más grande compositor para pianola, escuche a Pablo Espinosa.

Si a John Cage lo influyó el budismo zen y Octavio Paz dijo que de inclinarse por alguna creencia, lo escogería también, infórmese con Pablo Espinosa.

Si cree que las microóperas de David Bowie son una obra maestra, dígaselo a Pablo Espinosa.

Si no sabe por qué el Stradivarius se considera el mejor violín del mundo, pase una tarde en la redacción con Pablo Espinosa.

Si usted es de los que escuchan a Bach y a María Callas religiosamente, tómese un café con Pablo Espinosa.

Si cree que la voz de Lisa Gerrard es un santuario, persíguese con Pablo Espinosa.

Si el soul y el rock de James Brown lo vuelven loco o si prefiere el sitar de Anoushka Shankar, su mejor amigo es Pablo Espinosa.

Si está convencido de que Bob Dylan debe recibir el Nobel de Literatura, únase al editor de la sección cultural de *La Jornada*, Pablo Espinosa.

Si desconoce que Giovanni Pierluigi da Palestrina le puso música al Cantar de los Cantares en 1584, lea a Pablo Espinosa.

Si tiene curiosidad por saber cuál es el origen del piano, pídale una cita a Pablo Espinosa.

Si *Las cuatro estaciones* de Vivaldi le iluminan la mañana, usted es del club de Pablo Espinosa.

Si adora la música portuguesa que no sea el fado y cree que Madredeus hace honor a su nombre, acérquese a Pablo Espinosa.

Si la rebeldía psicodélica de Pink Floyd le quita el sueño, desvélese con Pablo Espinosa.

Si no sabe quién le inspiró *Parsifal* a Richard Wagner, interroque a Pablo Espinosa.

Si quiere conocer detalles de la transmisión digital de los conciertos de la Orquesta Filarmónica de Berlín, consulte a Pablo Espinosa.

Pero no sólo de música vive el hombre.

Pablo Espinosa también podría hablarnos sobre *Los cínicos no sirven para este oficio* del mayor periodista Ryszard Kapuściński, a quien entrevistó en sus visitas a México como lo hizo con el precursor minimalista estonio Arvo Pärt. O darnos santo y seña de la entrega del Nobel a José Saramago, porque estuvo entre el reducido número de periodistas invitados a Estocolmo, al Premio Nobel del 10 de diciembre de 1998 y una rubia lo encontró atractivo dentro de su frac ceremonial. Si se lo pedimos, podría dictar cátedra sobre Butès, el argonauta, o sobre Homero, a quien considera "el primer periodista cultural de la historia", hablar con pasión de la magia mímica de Marcel Marceau y repasar de memoria el Pierrot, el pegaso, el mono, el perro, el águila, el jaguar, el chivo, el coyote, las plantas en los pretilos y el ónix de Oaxaca que adornan el Palacio de Bellas Artes en sus 80 años de vida.

A Pablo Espinosa nada lo hace más feliz que compartir porque el arte de la música es el arte mismo de compartir y nada lo satisface más que tomar a alguien de la mano y llevarlo a Tahití aunque él jamás haya estado allá físicamente, ni bajado a las grandes profundidades del mar para acompañar a Julio Verne en sus 20 mil leguas de viaje submarino sin haberse puesto traje de buzo, ni mantenido de pie en un diminuto

planeta en el cosmos en el que Saint Exupéry amó a una rosa amenazada por una zorra y protegida por un principito desvalido y confiado.

Literatura y musicología —ante todo, musicología— son las tintas que cargan la pluma de este crítico y creador que en su *Sala de Redacción* pone sobre la gran mesa de la literatura sus crónicas para que disfrutemos las que más nos atraigan, las que nos lleguen al corazón (antesala de la música, lo llama él), a la vista y estimulen nuestro olfato, porque su escritura es tan sensorial como apasionada. Sin duda, el lector que se adentre en la obra de Pablo Espinosa y se disponga a recibir su voz sonora amplificadas en esta *Sala de Redacción* no será el mismo ni volverá a escuchar *Las cuatro estaciones* de Vivaldi con los mismos oídos. Le será fácil recordar que la música es un prodigio y que, como lo dijo Confucio, “la fuerza moral es la columna vertebral de la cultura humana y la música es la flor de la fuerza moral”.

FIN

Elena Poniatowska

Umbral

La gran revolución cultural que vive el mundo tiene a las salas de redacción, los discos compactos con música grabada y los libros impresos en papel en un proceso de activación que muchos confunden con era terminal.

Ni desaparecen las salas de redacción ni dejan de grabarse discos ni de imprimirse libros. Nada se destruye, sólo se transforma. Todo se crea.

Frente a este cambio vertiginoso resulta más evidente que nunca que el periodismo tradicional es más necesario, saludable, pertinente. Ningún periodismo “digital” o “cibernético” puede prosperar sin las reglas de oro, los conceptos básicos y sobre todo la práctica, cultivo y desarrollo del lenguaje. La palabra, sustancia de la literatura periodística, nunca perderá vigencia.

En 1994 recibí la invitación del entonces Consejo Nacional para la Cultura y las Artes para publicar un libro de literatura periodística. Así nació *No por mucho madrugar se redacta más temprano*, cuya primera edición se agotó enseguida y se publicó un segundo tiraje en 1995.

Veinte años después recibo una nueva invitación. Con mi agradecimiento entrego el testimonio de mi evolución. Si bien aquel que fue el primer título de la serie Periodismo Cultural, que entregué a imprenta hace 22 años, está conformado por crónicas periodísticas, este nuevo volumen, *Sala de Redacción*, alcanza el género más difícil, ambicionado y deseado en periodismo: el reportaje de largo alcance. También

entrego en este libro textos periodísticos que responden al género ensayo, entrevistas a personajes relevantes de la cultura universal, algunas nuevas crónicas y reseñas de discos, género que he cultivado semana a semana en *La Jornada*, de donde seleccioné unos pocos ejemplos como prueba de la persistencia del formato disco compacto con música (aun si desapareciera, estos textos buscan ser un servicio para quienes quieran escucharlos en cualquiera de los métodos cibernéticos), de la misma manera que este libro reivindica la vigencia de los libros impresos y por supuesto de las salas de redacción, que ahora son ubicuas: caben en un teléfono celular, aunque no por mucha tecnología se redacte más temprano.

En las salas de redacción que merced a la tecnología se han multiplicado en el mundo: en la *laptop*, en el celular, en la Sala Nezahualcóyotl, en Bellas Artes, en Berlín, París, Estocolmo, Guanajuato, en mi hogar y en *La Jornada*, mi casa durante más de tres décadas, nació la mayoría de los textos aquí reunidos, que datan del último decenio y que retrabajé, rescribí para este libro, al igual que algunos textos que originalmente publiqué en la *Revista de la Universidad* y por cuya manufactura periodística también cerní.

Heráclito podría constatar la evolución del fluir: he desarrollado a lo largo de los años distintos temas: el asombro frente al mundo, la observación, asimilación y compartición de la magia de los acontecimientos, la reflexión sobre la manera como cada persona escucha música de manera diferente. Los significados, consecuencias y efectos en nuestras vidas por la práctica de escuchar música, ser espectador en un teatro, en un evento de danza, frente a un libro.

Reaparecen algunos personajes en estas páginas: Bob Dylan, John Lennon, Marcel Marceau. Siempre la poesía. Siempre el asombro. El contenido es el mismo, cambian simplemente las circunstancias y como dejó dicho el mejor reportero del mundo, Ryszard Kapuściński, el oficio del reportero consiste en dar testimonio, persistir en su condición de observador

profesional de la existencia, como Truman Capote definió a los reporteros.

Sean ustedes bienvenidos a esta *Sala de Redacción*, su casa.

Pablo Espinosa

Detén, escucha

¿Dónde vive la música?

En los fluidos de la madre cuando resuenan en la placenta, en el latir de su corazón y en los sonidos externos que escuchamos cuando fetos. Y también en los versos del bardo que escucha el moribundo.

En ese arco, el transcurso de una vida, somos testigos auditivos de un universo inagotable.

La música no vive solamente en los instrumentos musicales ni en los discos compactos ni en las salas de conciertos.

Vive en el aire, el viento, el agua, el fuego. Y en lo más insospechado.

En el vuelo de las hojas de un árbol cuando caen. Emiten un silbido tan atronador como el movimiento lento del brazo izquierdo de Anna Pavlova en el instante más callado de un ballet.

Ya en el suelo, secas, se convierten en volcanes en erupción bajo cada pisada. Quienes arrastran los pies forman olas amarillas con las hojas otra vez al viento pero ahora el silbido es diferente: una antorcha que viaja en vuelo y no se apaga, cometa vegetal en tierra que dialoga con los que titilan en el cosmos infinito.

Esta música cotidiana forma parte de la plenitud, el percatare. Nos devuelve la conciencia del instante. Si ponemos atención a esa música, vivimos plenamente. Quien vive el aquí y ahora es feliz. Lo demás es ruido.

Considerar como ruido los sonidos de la calle (motores de

autos, motocicletas, cláxones, pitidos de agentes viales) es tanto como perder el ritmo del entorno.

Por ejemplo, las pisadas. Cada persona camina diferente. El indígena, acostumbrado a pisar la tierra, resulta calcinado por el pavimento. Una anciana erguida parece dejar un surco donde pisa. Una niña camina a saltitos. Una multitud forma casi un estruendo subterráneo cuando camina.

Los pasos femeninos. Los pies de ella descalza, con tacones.

El roce del dedo índice sobre las líneas de un libro. Música del alma.

El zumbido del colibrí. Relámpagos sin fin. Anillo de Moebius. Contrapunto: al zum zum le responde un pitido apenas perceptible: el canto del colibrí.

El colibrí siempre está contento.

El sonido de las semillas al caer al piso: un costal de maíz. Lentejas sobre el plato vacío, ahora sobre el plato con agua, ahora el zumbido del chorro de lentejas en su tránsito en caída libre. El arroz vertido sobre aceite de oliva en el sartén sobre el fuego.

El momento exacto en el que la cafetera (percoladora italiana) de metal comienza a silbar; el instante en que el agua sube al compartimento donde podemos levantar la tapa y ver cómo emerge del tubo central magma vaporosa: los sentidos se activan todos de inmediato: olfato, oído, gusto, tacto. La puesta en vida de los versos de Saint-John Perse: "C'est alors que l'odeur du café/ remonte les escaliers". Lujuria.

La música verdadera activa siempre todos los sentidos y va más allá: penetra la intuición, el intelecto, la imaginería, el acto creativo entero.

Todo sonido tiene una historia.

Música: el sonido apenas perceptible de la magdalena al sumergirla en el té. El zambullirse de un cuerpo al entrar, salto salido del dibujo inscrito en un ánfora de la antigua Grecia: un hombre en salto y caída vertical, en la corteza de agua de una alberca.

Música: la palabra no dicha. La dicha de la palabra. El sonido

exquisito del beso que envía una dama al soplar, los labios toman la forma de un corazón, sobre la palma de su mano en dirección nuestra.

El roce de la última prenda de ella en el instante previo al amor.

El mar. ¡Ah, el mar! Sinfonías completas.

La brisa del mar. Los pleamares, bajamares. La música que podemos compartir con el mar, por ejemplo: caminar sus orillas: levantar el agua con el empeine, con la planta, con los dedos, con las uñas, con el talón, con la punta, con las pantorrillas. Tibias sonoridades.

Y encima de nosotros se une el *basso* continuo de las gaviotas, los pelícanos, los albatros. Y llegan más músicos para aumentar la orquesta: tortugas, cangrejos, una rama que arribó de algún lugar lejano, un tronco retozando en el ir y venir del oleaje. En la sección de percusiones: las conchas marinas; su cascabeleo está rimado por el ritmo de las olas cuando se visiten de espuma.

Cuando cae el sol nace Venus y entonces el director de orquesta se llama Sandro Botticelli.

Por eso queda el mar siempre iluminado, sea la luna, sea la sempiterna desnudez de Venus, la de Botticelli y la de la Vía Láctea, allá arriba.

La luna. La música de la luna siempre estalla en éxtasis.

En el ronroneo de una gatita. Misterio. Magia.

Que se espejea en el canto del zenzontle.

La música de la tracción de las hormigas, el mejor ejemplo de colaboración. Van arrastrando una hoja, la astilla de un tronco, una flor. Recorren en fila curvada infinita, música enternecedora, una distancia enorme, larguísima, pero para ellas, las hormigas, no es distancia larga porque son seres sin tiempo.

La música, contrariamente a lo que dicta la Academia, no tiene tiempo. No es el arte del tiempo ni sucede en el tiempo porque existe antes de la invención del concepto "tiempo".

¿Cómo suena el tiempo? Mejor: ¿cómo se escucha el

transcurso del tiempo? Misterioso en el silbo del viento, estremecedor en el fuego, danzantes sus flamas, cristalino cuando el río se disfraza de rocas submarinas, cauce, hierba: se hace transparente y parece que no hay río, tan sólo ese surco donde ocupa en algún momento —en este preciso momento— su lugar un río. También suena el tiempo en el seno de la tierra, cuando hace nacer de ella tallos, troncos, flores, frutos; cuando excavan, aúlla porque en su lugar pondrán cemento; suena fuerte, espantosamente fuerte, cuando alguien toma un puñado de ella y la vierte sobre un ataúd que desciende al ritmo del estrépito del rasgar vegetal de las gruesas sogas que lo hacen descender.

Suena en la carcajada de un bebé. En el ladrido de un perro. El aleteo de una abeja. En el abrazo de dos que se quieren bajo la iluminación repentina de un relámpago al cobijo del manto nocturno. Suena en las estrellas que titilan.

Amanece a la orilla del mar; repliega su falda blanca hasta convertirse de espuma en sinuosidades cobalto.

La música del sueño más profundo nos acompaña cuando llueve y las líneas de agua hacen *ballet* sobre el tejado, rebotan contra el cristal de las ventanas, reptan en forma de figuras femeninas sobre el piso. Encima de esa sonata se alza el rugido del trueno y lo que era lluvia mansa, balletística, se convierte en furiosa coreografía amazónica.

Oooooommm. Ése es el sonido del origen del universo. Om. Antes de la invención del tiempo.

Oooooommm. ¿Será que así suena el alma?

Piensa om, pronuncia om, canta: oooooommm y verás, sentirás, escucharás, saborearás, olerás, tocarás todas y cada una de las resonancias del alma. Cantas oooooommm y todo resuena en ti. Conexión con el cosmos y he ahí: la música de las esferas.

¿Cómo suena la música de las esferas?

De la misma manera como suena el aleteo de un ángel. (Piensa en un ángel. Observa cómo asciende. Percibe el sonido de su manera de aletear.)

De la misma manera como tintinea una gota y luego otra y luego otra desde un grifo que se quedó entreabierto.

De la misma manera como suena nuestra respiración cuando nos sentamos a meditar.

Aspiramos, entra el aire, soltamos el aire, uno, aspiramos, soltamos, dos, aspiramos, soltamos, tres, y cuando llegamos al número 10 recomenzamos: aspiramos, entra el aire, uno, soltamos, aspiramos, dos, soltamos, aspiramos, tres...

La música de los brazos cuando rodean un cuerpo para abrazarlo. Abrasarlo. La música que hacen los pies cuando bailamos. La música de una caricia: la mano rozó la mejilla e hizo nacer una sonrisa. La música de los cachorros cuando se acurrucan sobre el pecho de su ama y se escucha el retumbar de sus corazones. El relámpago que ilumina la noche y es seguido por un estruendo de agua en hilos fuertes, también atronadores.

El lenguaje cifrado de los bebés, su universo babélico precursor del glíglico, anterior al esperanto.

El sonido de las copas de cristal. Entrechocarlas, mirarnos a los ojos. Verter líquido tinto.

El tronido del cubo de hielo en el vaso al recibir el breve chorro de whisky.

El silbido de la tetera cuando está listo el contenido.

La música de la cebolla al ser convertida en rebanadas.

El zurear de las palomas.

El estrépito de las fichas de dominó cuando está a punto de iniciar la partida. El sonido seco que rompe el silencio en el estadio: la pelota blanca vuela lejos, batazo de cuatro esquinas. El alarido de un jonrón.

La tribuna hipnotizada voltea a la izquierda, a la derecha, a la izquierda, a la derecha. La pelota rebota sobre arcilla y luego es impelida por la red de la raqueta. Aplausos. Alarido: servicio as.

El sonido del balón de basquetbol cuando penetra el aro sin tocarlo y lo abraza la blanca red de la canasta.

Cuando nadamos: se escuchan gritos de niños a lo lejos, a lo cerca, los brazos chocan contra el agua acompasados en

contrapunto del golpe sobre la superficie cuando el peine izquierdo se sumerge para dar paso al otro peine.

Nos sumergimos: entrechocan las burbujas submarinas que nacen de los labios.

Corremos. El roce del pantalón deportivo. El aire suena fuerte al salir, leve al entrar por la nariz. Un estado de serenidad se convierte en sonidos calmos.

La tempestad de luces, el chisporrotear de flores turgentes que nacen en el cielo oscuro: los fuegos de artificio. Silban cohetes al subir. Plumbago su desparramarse en círculos ígneos expansivos. El tableteo redondo de la pólvora al volverse fuego, al volverse nada en medio de la nada.

La nada. ¿A qué suena la nada?

A latidos. Cada corazón suena diferente. Se escucha diferente. Hay quienes escuchan un zumbido: es la nada, que se convierte en el sonido de su respiración. Y entonces la nada ya no es nada.

El clamoroso aletear de una mariposa.

El zumbido de la abeja.

El coro en remolinos: enjambres forman figuras caprichosas en el aire. Una sinfonía.

El canto del mirlo. Primavera.

El suave golpeteo de las líneas de agua que bajan de la regadera hacia toda la epidermis, los surcos que forman en las distintas partes del cuerpo, su sonido inconfundible sobre el piso. Agua sobre agua. La música del agua cuando estamos bajo la regadera resulta igual de evocadora cuando la escuchamos desde la recámara. Ella se baña.

El clamor vaporoso de las sábanas cuando nos disponemos al sueño, cuando salimos de entre ellas de mañana, cuando el movimiento nocturno se hace ensueño.

El craqueo de la cáscara de cacahuete al romperla con los dedos, el estruendo cuando llega entre los dientes y las muelas su sabor.

El rugido del estómago de alguien en un elevador lleno de personas en silencio a la hora de la comida.

Los gritos, risas, el jolgorio de los niños del colegio a media cuadra, justo a la hora del recreo.

El aullido del silbato de un tren en medio de la noche oscura.

El sonido del gis sobre el pizarrón en el silencio del salón de clases.

El silbato a lo lejos, las calles están desiertas; del carrito relleno de leña, fuego, camotes, plátanos y más, interminables silbidos de ballenas diminutas, perdidas en los mares de cemento.

Los gritos del pregonero. Las escalas cromáticas de la flautaquena de plástico del afilador de tijeras y cuchillos ambulante.

Las sinfonías que suenan en los mercados: los gritos de los vendedores, pásele pásele güerita quévallevar, el ritmo del exprimidor de naranjas y la licuadora en el puesto de jugos y licuados, el tlacoyo crepitando sobre el comal, el tris tras de las tijeras enormes con las que destazan los pollos, el carniceiro que aplana los bisteces con un fierro sobre un tronco pintado de blanco.

Los timbres de las bicicletas en la calle.

El zumbido de los rehiletos que lleva un vendedor ambulante en el remolque cuadrado de una bicicleta.

La música de la flor "diente de león" cuando soplamos sobre ella y se escucha el estrépito de sus fragmentos volátiles en dispersión.

La música de un beso *tronado*.

El sonido del lápiz sobre el papel. Su ritmo de prosa, sus largos silencios cuando es un poema el que construye.

Los pasos en la escalera. Baján. Suben. Se pierden. Se encuentran.

El tañer de campanas.

Piensa, lector, en los sonidos de tu niñez que te hicieron la persona feliz que hoy eres.

Piensa, lector, en los sonidos que te proporcionan paz.

No pienses, lector, detente y escucha. Percibe. Disfruta. Aquí, ahora.

Detén, escucha todo lo que suena alrededor.

Ahí es donde vive la música.

El Premio Nobel de Literatura a Bob Dylan¹

El acta del jurado de la Academia Sueca diría así: por su visión clara, intensidad lírica y su capacidad para revelar la vida de una manera realista, y retratar un mundo cambiante, convulso y esperanzado, se otorga a Robert Zimmerman el Premio Nobel de Literatura.

La hipótesis es tan aventurada como probable. E igualmente digna de apasionado debate.

En primer lugar, el señor Robert Zimmerman no necesita ningún premio. Su obra habla por sí misma.

Estaremos de acuerdo también en que una argumentación ponderada nos llevará a la conclusión de que la candidatura de Bob Dylan al Premio Nobel de Literatura, que constituye un hecho desde 1996, es digna de consideración.

El camino, empero, debe ser podado, y liberado de las piedras que ruedan.

En el imaginario colectivo, en la consideración popular, Bob Dylan es una estrella del firmamento de los espectáculos, un campeón del mundillo de los famosos, un icono con acento, que es como se estila en las fuentes del chismorreo y el periodismo de lo banal.

Peor aún, para muchos, Bob Dylan es un “cantautor”.

¹ Este texto fue publicado originalmente en el número 97 de la *Revista de la Universidad*, en marzo de 2012, cuatro años antes de que este sueño se hiciera realidad. El descontento que causó en el *stablishment* literario el otorgamiento del máximo premio cultural del planeta a Dylan confirma la pertinencia de estas palabras. Volvamos a sonreír entonces.

Espantoso terminajo, cantautor. El que canta y es autor, quisieran decir. A esa categoría pertenece el personaje más fino y el más vulgar, todos ellos prisioneros del negocio del espectáculo.

Atados a tal prejuicio entonces, resultaría congruente el masivo desgarramiento de vestiduras si los honorables académicos suecos decidieran premiar con el máximo galardón en el planeta a un cantautor.

Y los atributos de un cantautor merecen, sí, el aplauso del "respetable", la integración de clubes de fans, besamanos de presidentes y dignatarios de toda índole y magnates y hasta la bendición papal.

Pero ¡un Premio Nobel! ¡A quién se le ocurre! ¡Sacrilegio! *Vade retro!*

Rociados de agua bendita, o su equivalente: la indulgencia de académicos y las personas más cultas, correctas y dueñas de la verdad, ya salvamos entonces el primer escollo: la candidatura Nobel de Bob Dylan no es una vacilada, una ocurrencia de fans, una ilusión de *wannabes*.

Pero ¿qué ha hecho el señor Zimmerman para siquiera ser considerado en condición de candidato a tan alta distinción?

En primer lugar, responde Perogrullo, abrir las entendederas de millones, inspirar suspiros, sonrisas, imprecaciones y gritos de inconformidad con el *statu quo*.

Entre otros actos libertarios, ha propiciado el terreno favorable para que el buen humor, la ironía, el desparpajo y la provocación inocua den como resultado un hecho contundente: hace lustros ya que Bob Dylan es candidato fuerte al Premio Nobel de Literatura y eso ha motivado, aun desde sus condiciones improbables, hipotéticas, que muchas blancas vestiduras, investiduras de cuello blanco, se rasguen, mientras el resto de indumentarias fachosas, espíritus liberados de pretensiones, se regocijen con tan divertida hipótesis.

Ni siquiera es necesario detenerse demasiado en el tema nebuloso de la relatividad einsteniana de los premios, tan proclives a la corrupción.

Porque el Nobel, a pesar de la urticaria que despiertan las inclinaciones suecas a las nociones de geografía, orientación ideológica, nacionalidad, sexo y tema, sigue siendo un premio prestigiado.

¿Desprestigiaría a la Academia Sueca premiar a Dylan?

La respuesta está en el viento.

Además, quienes deciden a quién otorgar el Premio Príncipe de Asturias de las Artes ya se les adelantaron a los suecos: Bob Dylan recibió ese reconocimiento en 2007.

Así como el monje budista, el poeta y músico Leonard Cohen recibió también ese premio.

Por lo pronto, las argumentaciones sólidas, los elementos de juicio, las evidencias están plasmadas en un libro de 1 264 páginas, cuya reciente reedición estuvo a cargo del prestigiado sello Global Rythm y de la editorial Océano.

Ese valioso volumen, que contiene su obra completa, se publicó en inglés en 2004 y en 2007 en edición bilingüe, vigente: *Bob Dylan. Letras. 1962-2001*.

El contenido de este libro es la contundencia mayor de su candidatura. Y puestas así las cosas, refrendemos: ni falta que le hace el Nobel al buen Zimmerman, ni lo espera ni le quita el sueño, y hasta risa, mucha, le da más que fastidio.

Así que ya que nos estamos divirtiendo de lo lindo con la comezón que causa la mera posibilidad, sigamos con ludismo la mecánica de los acontecimientos.

¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre

Antes de que sea llamado hombre?

¿Cuántos mares debe atravesar la paloma blanca

Antes de dormir en la arena?

Sí, ¿cuántas veces deben volar las balas de cañón

Antes de ser prohibidas para siempre?

La respuesta, mi amigo, está en el viento,

La respuesta está flotando en el viento.

El anterior es un fragmento de la mejor versión en español de "Blowin' in the Wind". Es de la autoría de Claudia Aguirre Walls y Juan Villoro, autores a su vez de *La poesía en el rock. Breve antología*, publicado en Material de Lectura, serie Poesía Moderna 37, por la UNAM y el Fonapas.

El maestro Juan Villoro, autoridad admirable en la materia, hace notar en la nota introductoria la ausencia de pretensiones literarias en el rock, "ni es necesario que las tenga. Las letras de las canciones están escritas en función de la música, condicionadas con ella; evidentemente tienen un sentido poético, pero la poesía en el rock sigue reglas muy distintas a la poesía escrita".

A propósito de prosodia. Para conmemorar los 50 años de la fundación de Amnistía Internacional, y de manera paralela los 50 años del primer disco que publicó Dylan, salió al mercado un fabuloso álbum de cuatro discos, titulado *Chimes of Freedom. The Songs of Bob Dylan*, donde 80 músicos dan vida a 75 canciones del poeta de Minnesota.

Además de tan monumental homenaje a un poeta en más de cinco horas de música grabada, este álbum arroja reflexiones al por mayor: se trata de un músico cuya obra resiste intervenciones sonoras de vario linaje, desde la contundente autoridad moral de Joan Baez, su compañera de ruta, hasta los productos más novedosos de esa máquina de inventar estrellas que es el negocio de la música (revise el lector la lista de músicos que participan en este álbum y no le será difícil saber de qué lado masca la iguana, o en qué tesitura canta el tecolote).

La participación del Kronos Quartet, por ejemplo, acusa riqueza en las fuentes a abreviar: es tan poderosa la obra dylaniana que una organización musical tan dotada de calidad, inteligencia y creatividad como el Kronos Quartet puede ofrecer resultados tan fascinantes como los que se escuchan en su *track* respectivo.

Mencionaré los músicos que sí hacen creaciones verdaderas a partir de las canciones de Dylan en este álbum. Lo demás, como dijera Shakespeare, es ruido: Patti Smith, Pete Town-

shend, Mariachi El Bronx, Ziggy Marley, Sting, Mark Knopfler, Lenny Kravitz, Elvis Costello, Angélique Kidjo, Taj Mahal, Eric Burdon, Marianne Faithfull, el maestro de Bob Dylan: Pete Seeger y, por supuesto, el mismísimo Bob Dylan.

Así como escuchar a T.S. Eliot decir sus poemas, a pesar de que Hugh Thomas lo haga de manera magistral, mientras Viggo Mortensen diga esos mismos poemas con un espíritu distinto, distante, escuchar la poesía de Bob Dylan dicha por Bob Dylan es una irreplicable epifanía.

Prosodia tan poderosa y natural que dentro de las muchas vidas que ha vivido Dylan figura aquella en la que en lugar de cantar, canturreaba, qué digo canturreaba: berreaba, balbuceaba, gemía, emitía guturaciones inentendibles.

Como cuando estuvo en México por vez primera, el 1 y 2 de marzo de 1990.

Y a propósito de reflejar la realidad, del poder inmenso de la poesía, nada como observar estos versos de Bob Dylan y voltear a ver el desolador entorno mexicano y el empecinamiento sangriento de quienes detentan el poder a cualquier costo:

¿Cuántas veces debe un hombre levantar la vista
Antes de poder ver el cielo?
Sí, ¿cuántos oídos debe tener un hombre
Para poder escuchar a la gente que llora?
Sí, ¿cuántas muertes serán necesarias para comprender
Que ya ha muerto demasiada gente?

Dylan por Dylan. Muy distinto escuchar cualquiera de sus canciones contadas y cantadas, con excepción de Joan Baez y los Rolling Stones y unos cuantos más, que por él mismo.

La cantilación, la hondura, el fraseo, las inflexiones. La prosodia.

El poeta Dylan en su propio jugo.

Así entonces queda demostrado en esta magna convención, este *simposium* supremo de cuatro discos aglutinados en el álbum *Chimes of Freedom*, cuando Bob Dylan interpreta, recrea

esa su canción, tan preñada de poesía: "Allá entre el final del ocaso y el quebrado toque de la medianoche/ Nos cobijamos en el portal bajo el fragor de los truenos/ Un grandioso arrebatado de centellas disparaba sombras al estruendo/ Como campanas de libertad que destellan/ Destellan por los guerreros cuya fuerza no es la lucha/ Destellan por los refugiados en el inerme camino del exilio/ Por cada mísero soldado perdido en la noche/ Y contemplamos las radiantes campanas de libertad".

Evidencia. Si ésta no es alta poesía, qué será entonces.

Entramos, sin detenernos demasiado, al tema de la traducción de la poesía. A quien le asiste razón es al maestro José Emilio Pacheco: en poesía no hay traducciones, hay versiones.

De manera que frente a la mejor versión en español de "Blowin'in the Wind", realizada por Juan Villoro, las traducciones de Miquel Izquierdo y José Moreno, en el poemario (otros le llamarían cancionero) publicado por Océano, no desmerecen tanto porque se ponen a disposición del juicio supremo del lector, gracias al acierto de que se trata de una edición bilingüe: en la página izquierda leemos "Blowin'in the Wind" mientras en la derecha dice: "La respuesta vuela con el viento".

Como hablamos un idioma diferente al de España, en México bautizamos esa misma obra como "La respuesta está en el viento", acierto que repitió Juan Villoro en Material de Lectura de la UNAM.

¿Que no es diferente el español de México al de España? Los traductores españoles dicen esto: "¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre/ Antes de que lo llaméis hombre?" (sólo faltó el ¡jelines, tío!). Mientras nosotros, es decir Juan Villoro y los universitarios: "¿Cuántos caminos debe recorrer un hombre/ Antes de que sea llamado hombre?"

Dicen los españoles en el libro de marras: "¿Cuántos años puede existir una montaña/ Antes de disgregarse en el mar?" Mientras coreamos con Juan Villoro: "¿Cuántos años puede existir una montaña/ Antes de ser deslavada por el mar?"

Así los matices en *Chimes of Freedom*: en la página 244 del poemario con la obra completa de Dylan encontrará el lector motivos de discrepancia así como de coincidencia.

Sobre todo en el encabalgamiento silábico, esa cantilación sonora del verso “An’we gazed upon the chimes of freedom flashing”, podremos entablar desacuerdo cuando los autores traducen así: “Y contemplamos las radiantes campanas de la libertad”, en lugar de algo así como: “Y nos montamos en contemplación sobre la intermitencia de las campanas libertarias”.

O bien el lector puede discurrir en otras alternativas a partir del infinitivo “flashing”; en lugar de tintineo: tañer, tañido. O bien, en lugar de “y contemplamos”: “nos extasiamos en el tañer...”, o más: “contemplamos por encima de las campanas de libertad, cintilando”, o: que cintilan. O titilan.

Es la libertad de la poesía. Mejor: la libertad de quien escucha poesía. La poesía de Bob Dylan.

Porque escuchar las canciones de Dylan con Dylan implica un ejercicio de libertad. Romper las ataduras que impiden volar a la imaginación, ese motor del mundo.

En lo que no hay discrepancia alguna es en la contundencia himnica de la poesía de Dylan en *Chimes of Freedom*: esas campanas que “doblaban por el rebelde, por el crápula, por el desdichado, el huérfano y el desvalido, por el paria que siempre arde en la hoguera”.

Y leemos, en esa canción, en ese poema, versos tan logrados como éstos: “Entre el demente martilleo místico del granizo enfurecido/ El cielo maravilló con sus poemas desnudos/ Que el son de las campanas aventó con la brisa/ Dejando sólo las campanas del relámpago y su trueno/ Clamaban por el gentil, clamaban por el afable/ Clamaban por los guardianes y defensores de la mente/ Por el pintor sin deudas desplazado de su propio tiempo/ Y contemplamos las radiantes campanas de libertad.

”En la fiera tarde gótica la lluvia revelaba historias/ Para figuras desnudas sin rostro ni lugar/ Doblaban por las lenguas

con pensamientos sin destino/ Presas en situaciones asumidas/ Doblaban por los sordos, los ciegos y los mudos/ Doblaban por la madre martirizada y sola, la supuesta prostituta/ Por el pequeño forajido, acosado y burlado en la caza/ Y contemplamos las radiantes campanas de libertad”.

¿Merece el autor de esos versos un premio tan alto como el Nobel?

De entre los ríos de tinta, como diría, o mejor: cantaría Heráclito, que han corrido a partir de Dylan, rescato una frase suya donde esplende en claridad absoluta: “Mi intención poética consiste en revelar la vida de manera realista”.

La Academia Sueca ha argumentado de diferentes formas más o menos la misma idea, y otras que le vienen bien a Dylan:

Cuando le otorgaron a T.S. Eliot en 1948 el Nobel de Literatura anotaron esto en el acta del jurado: “Por su destacada contribución pionera a la poesía”.

Cuando a Juan Ramón Jiménez, en 1956: “Por su poesía lírica, que constituye un ejemplo de elevado espíritu y pureza artística”.

Cuando a Salvatore Quasimodo, en 1959: “Por su poesía lírica, que expresa la trágica experiencia de la vida en nuestro tiempo”.

Cuando a Saint-John Perse, en 1960: “Por el vuelo planeado y la imaginería evocativa de su poesía, que de una manera visionaria refleja las condiciones de nuestro tiempo”.

Cuando, en 2011, al actual Premio Nobel de Literatura, el músico y poeta sueco Tomas Tranströmer: “Porque a través de sus imágenes condensadas y translúcidas nos permite el acceso a la realidad”.

La poesía de Robert Zimmerman es plena en energía lírica, refleja la vida de manera realista, es espejo de su tiempo y es etcétera de su etcétera.

¿Por qué no habrían de darle el Premio Nobel?

Por mí, que no se lo den. O que se lo den. Da lo mismo. No lo necesita.

Muchas veces el Premio Nobel de Literatura sirve para que

el mundo voltee los ojos hacia poetas hasta entonces desconocidos.

Es cierto, Bob Dylan es un poeta desconocido para muchos, que ven en él a un *rock star*, a un icono, a una luminaria, a un cantautor y no lo que es: un poeta.

Por lo pronto, es por lo menos divertido imaginar, que no hacerse ilusiones ni fantasear, qué sucedería si la Academia Sueca se convierte en la Loca Academia Sueca y le otorga el Premio Nobel a un señor que hace pocos meses fue detenido por la policía de Miami luego de que una señora se escandalizó y, espantada, llamó a la patrulla para que se llevaran a “un vagabundo sospechoso de apariencia extraña y mirada perdida”, que caminaba solitario por las calles de esa ciudad.

Uno, entre carcajadas, le completaría el expediente a la atemorizada dama: en efecto, es un vagabundo, qué digo vagabundo, un homúnculo, un *clochard* que deambula solo, porque sabe qué se siente estar solo y solo está, pobrecito, consigo mismo, sin dirección a casa. Como una pinche piedra que rueda.

SALA DE REDACCIÓN

Forma parte de la colección Periodismo Cultural. Se empleó en su composición el tipo Veljovic. La impresión consta de 1 000 ejemplares. Lo terminó de imprimir la Dirección General de Comunicación Social y la Dirección General de Publicaciones de la Secretaría de Cultura, en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), San Lorenzo núm. 244, col. Paraje San Juan, Iztapalapa, D.F., en el mes de noviembre de 2016.